

LOS «INCIERTOS» REFRANES METEOROLÓGICOS

Con mucha frecuencia aparecen—en la prensa, revistas y publicaciones—«infalibles» pronósticos a largo plazo sobre cómo va a ser el tiempo atmosférico en el próximo año y ¡qué se yo!, hasta en el próximo lustro. Esto no hace ningún bien a nuestros campesinos, pues contribuye a mantener en estado latente algunas de sus tradicionales malformaciones climatológicas, en vez de orientarles lealmente sobre la actual realidad de la Meteorología.

Parece mentira que en pleno siglo XX—en la época de los satélites artificiales y del Año Geofísico—se dedique especial atención (y papel impreso) a los «ambiguos pronósticos» de los patriarcas de nuestro agro o a los «sensacionales horóscopos» de los pastores de la Carpetovetónica. Temas tan absurdos como «Las Cabañuelas» o «La Luna mandona de octubre» son explicados con **todo detalle**. Se trata—no debiera hacer falta insistir mucho sobre ello—de verdaderos «camelos rurales», y hay que ir desarraigando del vulgo ese interés por casos y cosas que carecen de todo sentido y fundamento científico.

¡Ojalá fuesen verdad! Pues así los servicios meteorológicos de todo el mundo se ahorrarían muchas horas de observaciones y enormes cantidades de dinero. Es difícil imaginar para el profano la serie de sacrificios que supone la obtención y concentración de datos atmosféricos a lo ancho y largo de nuestro Planeta. Hoy día los más adelantados medios técnicos: radar, barcos, aviones, cohetes, satélites, radio, facsí-

mile, teletipo... trabajan día y noche actuando como «detectives del tiempo», siguiendo las huellas y comportamiento de masas de aire, frentes, borrascas y anticiclones.

Y, sin embargo, el «Firmamento zaragozano» continúa teniendo ahora sus más numerosas tiradas, y por ahí es **artículo de fe** hablar de las «Cabañuelas»...

Nosotros, con el único afán de aclarar un poco las turbias aguas, pasamos a hacer algunas consideraciones sobre el particular.

Las «Cabañuelas».

La costumbre secular de observar el tiempo en los doce primeros días de agosto parece ser una tradición hebrea que después fué **importada** a España y a otros países del Mediterráneo (en Italia también existe un horóscopo parecido). A mitad de verano celebraban las fiestas de sus tabernáculos y empezaban a formar sus «cabañas» para resguardarse de las primeras inclemencias del tiempo, pues vivían al aire libre en pleno campo. Influenciados, tal vez, por el ambiente bucólico, al hacer sus sacrificios observaban la dirección del viento, las tormentas y el aspecto de la Luna, con lo que, parece ser, pretendían adivinar el tiempo venidero para el próximo año...

Estos pronósticos rurales irían pasando de generación en generación, y el Refranero los dió carta de naturaleza: **«Agosto guarda el secreto de doce meses completos.»** Según estos **falsos profetas** de nuestro agro, los doce primeros días de agosto son muy distintos unos de otros. Basta observar lo que haga el primer día de agosto para saber cómo será, poco más o menos, todo el mes; como haga el día 2 de agosto, así será septiembre; como haga el 3, hará octubre; tal como se presente el 4, lo hará noviembre..., y así sucesivamente, hasta tropezar con julio, que será de iguales características a las del día 12 del mes agostero. Después—dicen—viene la traducción de cada día al aplicarle al mes correspondiente el

dominio de vientos, nubes y calor... (¡no nos explicamos cómo puede **traducirse** a enero un día de agosto de fuerte calor y bochorno!).

En fin, lo que ocurre con estas cosas es que después de publicadas y comentadas, luego—como son a fecha larga—si no salen bien se olvidan y ¡se acabó! Si la Providencia, en alguna ocasión, les ayuda descaradamente—«puede sonar la flauta por casualidad»—, entonces procuran darlo gran publicidad, pero siguen silenciando sus fracasos.

Esto de procurar encajar la atmósfera en «moldes fijos» tiene mucha gracia y, claro es, aún procurando «dar una de cal y otra de arena», he aquí las sustanciosas redacciones de alguno de estos pronósticos:

«Tiempo de calma de vientos flojos de rumbo indeciso. Días claros, alternando con otros anubarrados, en que habrá amagos de lluvias y tronadas. El Sol irá calentando con fuerza excesiva en algunos días, pero luego los vientos fríos del N. O. producirán destemple atmosférico, conteniendo con sus frescuras los ardores del Sol ...»

(Pronóstico de julio de 1960. «Firmamento zaragozano».)

¡Sin comentarios! Total, para leer que en mayo «el tiempo será muy apropiado a la época»; que en julio, en su segunda mitad, «va a ser más caluroso que en la primera», y que a finales de octubre se «iniciará el cambio hacia el invierno ...», no hace falta esforzarse mucho.

He aquí otro botón de muestra:

«... Dominará el tiempo nuboso, aunque por las tardes abrirá. La mayor parte de los días estará nublado. («Mayo pardo, señal de buen año».) Aunque no saldrán vientos nortños, dominarán, sin embargo, los del tercer cuadrante, sacando lluvias poco abundantes, pues las precipitaciones que se produzcan serán cortas. Lloverá el mismo día de San Isidro y los días 21, 22 y 26.»

(Pronóstico para mayo. Revista «Ceres», 1962.)

Lamento tener que decir que se equivocó de pleno. Paciencia, ¡otra vez será...!

En cambio, mucha más lógica tiene el refrán que reza: «Primer día de agosto, primer día de invierno.» En efecto, si representamos la curva anual de temperaturas medias, el primer día de agosto viene «sensiblemente» a coincidir con el punto a partir del cual empieza el descenso de la gráfica. Desde enero la curva representativa viene subiendo, alcanzando los valores más altos en la segunda quincena de julio, para empezar a bajar después a primeros de agosto, emprendiendo una marcha simétrica de la recorrida en invierno. Así, pues, a primeros de agosto se parten simétricamente las temperaturas del año, volviendo la espalda al calor creciente y apuntando hacia un descenso de la temperatura; por ello, el otoño resulta como «una especie de primavera al revés», yendo del calor hacia el frío.

Puestos a hacer «investigaciones policiacas» y estadísticas, todo lo anterior podría tomarse como una paradójica afirmación de las «Cabañuelas», pero asignando al 1 de agosto el pronóstico de enero; al 2, el de febrero, al 3 el de marzo, etc.—que, según otros «patriarcas rurales», es como debiera hacerse—. ¡A ver si se ponen de acuerdo!, ya que unos terceros propugnan que deben también contarse días **de retorno** o «contracabañuelas», haciendo coincidir del 13 al 24 de agosto, otra vez, todos los meses—empezando por julio y acabando por junio—, invertido el orden de cómo se contaron primeramente...

En fin, más vale cortar esta **rutina vulgar**, pues sus fundamentos son tan firmes, que acabaríamos peor que comenzamos y sin aclarar nada...

A continuación pasamos a ocuparnos de otra entelequia muy arraigada también en el Horóscopo rural.

La Luna de octubre.

Existen en el refranero frecuentes alusiones a la Luna, que denotan una creencia muy arraigada de su influencia sobre el tiempo. Entre ellos destaca el siguiente: «La Luna

de octubre, siete Lunas cubre, y si llueve, nueve.» Según este refrán, la Luna que nace en octubre es **Luna mandona**, y regula el tiempo de siete lunaciones completas, contando desde ella. O sea que, según esto, si durante la lunación completa que entra en octubre el tiempo es seco, invierno y primavera serán secos; pero si durante esta lunación llueve mucho, el año será de lluvias hasta junio. La cosa no puede estar **más clara** (¿...!); no hay más que fijarse cuando entra la Luna nueva de octubre y, en función del tiempo posterior, extender el pronóstico a «siete meses vista» (como las letras de cambio).

Si después de enunciar estas «profecías» preguntáis a un campesino en qué consideraciones se basa para hacerlas, probablemente os mirará perplejo y os contestará que no las sabe, pero que él ya se las oyó contar a su padre, éste a su abuelo, y así sucesivamente os recorrerá su árbol genealógico en sentido ascendente.

Como «sospecha» de la validez de este pronóstico podría tratar de darse esta explicación: En el equinoccio de otoño el tiempo está revuelto, y después—cuando llegan los fríos del invierno—, se afirma y estabiliza. Así, si al entrar la Luna de octubre tiende a serenarse la atmósfera, probablemente predominará el tiempo estable hasta que vuelva la revoltosa primavera a alterar el tiempo.

Algunos atribuyen los cambios de tiempo a los cambios de Luna, se oyen frecuentemente expresiones como ésta: «No dejará de llover hasta que cambie la Luna», y otras parecidas. La única coincidencia que podría darse es, que como el tiempo que transcurre de una Luna nueva a otra es de cuatro semanas (lunación completa en sus cuatro fases: nueva, creciente, llena y menguante) y los temporales generales de lluvia suelen extenderse **aproximadamente** unos siete días—aunque esto no sea regla fija, ni mucho menos—, cada cuatro semanas, groseramente calculadas, podría haber un nuevo cambio de tiempo.

No existen motivos serios para dar crédito a tales asertos,

y los esfuerzos científicos basados en largas estadísticas para hallar relación entre las fases de luna y el tiempo no han dado ninguna concordancia: unas veces llueve con Luna llena y otras el cielo está sereno. Tampoco existe uniformidad, pues la misma fase de Luna puede ser seca en una región y lluviosa en otra.

La creencia de que es menor la nubosidad cuando hay Luna llena parece natural; su luminosidad actúa como una especie de «reclamo del cielo», llamando hacia él nuestra atención; si hubiese estado cubierto de nubes, no se nos hubiera ocurrido mirar a él siquiera. Estudios estadísticos recientes parecen indicar algo más de proporción de días de lluvia en el cuarto creciente que en el menguante.

En general, las discordancias son grandes. Además, examinado un mapa del tiempo de Europa, se ve que en unas regiones llueve y en otras hace Sol, que en unos puntos hay niebla y en otros sopla el viento; una serie de mapas de días consecutivos indican cómo se desplazan las depresiones o se estacionan, cómo deja de llover en un sitio y empieza en otro. ¡Y durante todos estos cambios la Luna tiene las mismas fases para todas las regiones terrestres! Argumento irrefutable para echar por el suelo falsas creencias y confusos pronósticos hechos al tum-tum, cuyo éxito sólo va vinculado a la suerte y sentido adivinatorio del autor.

Hay que desterrar el crédito que la superstición popular atribuye a muchas de estas **infalibles reglas** de predecir el tiempo.

Actualmente, los pronósticos científicos del tiempo se hacen sólo a fecha corta: De veinticuatro a cuarenta y ocho horas, basados en el análisis de los mapas del tiempo y en la probable evolución de los sistemas nubosos, teniendo en cuenta el relieve de la región. Los pronósticos a largo plazo se basan en **avances estadísticos** de probabilidad y frecuencia (con datos del pasado se hace un avance para el futuro). En corto tiempo se espera ahora un gran progreso en estos aspectos.

L. G. P.